



PALOS DE CIEGO,

Ed. Acento, Madrid, 1997, 222 págs

13ª reimpresión, 2009

En un callejón de Toledo el ciego Juan Barril limosnea a media mañana sentado en el suelo con su pregón de siempre.

—¡Una caridad, por Dios santo! Una limosna para este malhadado ciego...!

Es un pordiosero en toda regla —pues pide por-Dios—, pero la caridad se ha subido al cielo. La ciudad está llena de pedigüños y no están los tiempos para dádivas. El ciego también sabe oraciones para preñadas y aojados, recita romances, y a veces dice el porvenir palpando los surcos de las manos.

En esto pasan dos caballeros ricos y principales. Uno es el doctor Marañón, que va despoticando contra Lázaro de Torme, el pregonero de la ciudad. ¿Lázaro? El ciego no puede contener el parpadeo, como le pasa siempre en casos de apuro y extravío. ¿Lázaro de Tormes? ¿Aquel maldito destrón que lo guiaba hace unos quince años? ¿Aquel niño espabilado y mentiroso que le hizo mil perrerías y engaños? ¿Aquel Lazarillo que se despidió de él con una venganza atroz, mandándole saltar contra un poste, al que embistió como cabrón, dándose tan gran calabaza que cayó hacia atrás medio muerto?

Así empieza esta novela picaresca, que es la versión y la réplica que el ciego da a un libro recién aparecido, que todo el mundo en Toledo lee, ríe y celebra, intitulado *Vida y andanzas de Lázaro de Tormes*. ¡Lo que hay que ver! ¡Hasta los pregoneros —todos unos ladrones— escriben libros como si fuesen Aristóteles! Para Juan Barril, la verdad es una jarra con dos asas, una moneda con dos caras. Lázaro mostró una, él quiere decir la suya. ¿Dos medias verdaes hacen una verdadera?

El ciego da con Lázaro, arreglan cuentas, viven una noche toledana, llena de peligrosos sucesos, tiene que huir por pies, camino de la Andalucía y en Sevilla... Sobre un acertado trasfondo social y detalles selectos de la vida cotidianos, discurre esta historia entrañable del arte difícil de vivir, llena de guiños al lector, con humor sutil y un lenguaje impecable, donde es de apreciar la lengua rica y popular, con diálogos vivos, con las palabras de siempre (porque el léxico es patrimonial: no debe de haber palabras posteriores a 1600) y con una fina pátina de época que recrea un género literario.

